ENTRE RÚSTICOS Y LETRADOS

COMEDIA EN UN ACTO Y EN PROSA

POR

ENRIQUE CANDELA

Precio: 1,50 pesetas.

MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO NIETO Y COMPAÑÍA
Tutor, 16.—Teléf. 20-42 J.

1925

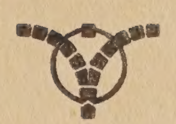


ENTRE RÚSTICOS Y LETRADOS

COMEDIA EN UN ACTO Y EN PROSA

POR

ENRIQUE CANDELA



MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO NIETO Y COMPAÑÍA
Tutor, 16.—Teléf. 20-42 J.

1925

Las personas que hablan en esta comedia son las siguientes:

CÁNDIDO CORONADO	Tratante en vinos.
EUGENIO COGORZA	Barbero.
JUAN CERROJO	Herrero.
ROQUE SIMPLÓN	Carpintero.
ANDRÉS LANZAS	Afilador.
ANTONIO GILA	Sacristán.
ROGELIO GÓMEZ	Farmacéutico.
MARIANO TRILLO	Abogado.
AGUSTÍN Y GUILLERMO CALVACHE (Hermanos y naturales de Madrid.)	Estudiantes.

La acción en Coriales, pueblo imaginario de la provincia de Toledo, durante el verano de 1912.

ACTO ÚNICO

La escena representa un monte, en el cual hay gran abundancia de caza menor. En el centro del escenario debe de haber una hermosa pradera, circundada de corpulentas encinas, las cuales la resguardan de los ardorosos rayos del sol canicular. En el fondo, y a los lados del escenario, se vislumbrarán unos olivares que coronan a las riberas del río Alberche. Al levantarse el telón, se oirán algunos rumores lejanos de los expedicionarios, acompañados de las detonaciones de las escopetas. A medida que se aproximen al escenario, irán cantando *La Marsellesa* en tono de regocijo.

ESCENA PRIMERA

Entran Cándido, Eugenio, Antonio, Rogelio, Mariano Agustín, y Guillermo.

CÁNDIDO

¡Vaya qué par de piezas hemos matado!

ROGELIO

En verdad que son unas liebres hermosísimas.

EUGENIO

En mi vida las he visto tan grandes.

CÁNDIDO

Ni creo que las veas; porque sólo eres capaz de cazar en el plato.

EUGENIO

¡Anda, anda! ¡Cómo si yo no hubiera sido el que he matado a una de las liebres!

CÁNDIDO

Es que algunas veces suena la flauta por casualidad.

ANTONIO

También puedo yo gloriarme de haber matado a la otra.

CÁNDIDO

Es cierto. Pero también sabré yo deciros, que si no es por mí, no las hubiereis visto ninguno de vosotros, aun cuando fueran tan grandes como elefantes...

MARIANO

¡Basta de disputas!... Desembaracémonos de nuestras escopetas y demás bártulos, y dispongámonos todos a almorzar, pues bien necesitados estamos de recobrar fuerzas.

GUILLERMO

A mí, los aires campestres y el ejercicio me despiertan un apetito extraordinario.

ROGELIO

Pues la ocasión no puede sernos más propicia para el almuerzo. Precisamente esta hermosa pradera nos está convidando al descanso.

AGUSTÍN

Y además, estos árboles la resguardan mucho del sol, que hoy tiene trazas de calentar de firme.

MARIANO

Pues entonces sentémonos todos en este sitio, y demos comienzo a nuestra comida...

EUGENIO

Pero antes tenemos que celebrar este *treunfo* de las liebres con un buen trago de vino. *(Bebe él primero de su bota, y des-*

pués la ofrece a todos, que van sucesivamente bebiendo de la misma embocadura.)

CÁNDIDO

Y también con un cigarrillo... *(Va ofreciendo a cada uno cigarrillos de su petaca. Después se sientan todos sobre la mullida hierba de la pradera, y comienzan a desvalijar las cestas del repuesto.)*

ANTONIO *(a Eugenio).*

Vaya un vinito que te gastas. Es agradable en extremo. ¡Cuánto mejor sería que celebráramos nuestros éxitos de las cacerías con buenos tragos de este vino, y no con cantar esa lata de *Marsellesa*, que ya la tengo metida hasta los tuétanos!

EUGENIO

Pero viniendo el francés con nosotros...

CÁNDIDO

Ya se sabe; tenemos que desembucharla a todas las horas del día para darle a él gusto.

GUILLERMO

¿Quién es el francés?

CÁNDIDO

Andrés Lanzas, el afilador del pueblo.

GUILLERMO

Pues para ser de la nación francesa, no parece que habla muy bien el francés.

ANTONIO

Es que él es de aquí, de Coriales. Pero como estuvo de muchacho cuatro años en Francia, sirviendo a un encopetado señor, por eso le llamamos nosotros el francés.

GUILLERMO

Entonces ya se comprende que no hable bien el idioma.

EUGENIO

No lo habla bien por que él tiene tanto de francés como yo de turco.

AGUSTÍN

¿Y dónde anda ahora?... Parece que se ha extraviado.

CÁNDIDO

Ha ido al río, en compañía de Juan y Roque, a coger peces, con manguilla; así es que tardarán todavía un buen rato en volver aquí.

MARIANO

Entonces bien podemos nosotros empezar a satisfacer nuestros estómagos; que harto tendrán ellos para satisfacer su hambre con el producto de la pesca.

EUGENIO

Y además con las provisiones que llevan hoy las alforjas de la borrica del francés.

CÁNDIDO

Si; ya he visto que las lleva bien repletas de cosas de comer...

AGUSTÍN

¿Es por casualidad esa borrica falsa que tira tantos pares de coces?

CÁNDIDO

La misma. Ya no hay nadie en el pueblo que se atreva a montar en ella.

GUILLERMO

Precisamente a mí, que hace cuatro días tuve la ocurrencia de montar en esa borrica, me tiró tres veces por las orejas.

ROGELIO

Sí, ya me acuerdo de aquel lance; fué verdaderamente cómico. Pero también hay que reconocer, que tampoco tú eres muy buen ginete.

GUILLERMO

Lo reconozco, en efecto. Nunca he servido para montar en caballerías de sangre; pero todavía sirvo menos para montar en borricas falsas.

ROGELIO

Vaya, vaya; que en Madrid ya habrás montado en algunas.

GUILLERMO

Es cierto que he montado en bastantes; pero también he sabido retirarme a tiempo cuando he visto que se preparaban a dar la coz...

CÁNDIDO

Ea, muchachos; aquí están las aceitunas. Empecemos por ellas nuestra comida.

ANTONIO

Échalas en esta servilleta.

MARIANO

Pero está muy llena de mugre. Parece que no la han lavado en tres semanas.

EUGENIO

¡Y qué importa, hombre! Así tendrán más sustancia las aceitunas.

GUILLERMO

Comeremos aceitunas con sustancia de queso ovejuno.

AGUSTÍN

Y de bacalao añejo...

CÁNDIDO

Vaya con esto madrileños. Parece que ya se van haciendo a nuestras costumbres.

GUILLERMO

Puedes creer que en los quince días que llevo en el pueblo, no me he acordado para nada de Madrid ni un solo momento. Estas jiras campestres, que con tanta frecuencia repetimos, me alegran el alma de tal manera, que hacen me olvide en absoluto de todas las filigranas y etiqueterías de la vida de Corte.

AGUSTÍN

Y a mí estas comidas que hacemos tan en común, y con tanta fraternidad, parece que me fortalecen el estómago y me engordan sobremanera. Precisamente hace tres días que estuve por la tarde en la granja de D. Gumersindo, y vi allí a un grupo de trilladores que en amable compañía estaban despabilando una gran cazuela de gazpacho. Invitáronme a que tomara parte en la merienda. Y yo, sin hacerme mucho de rogar, eché mano de una cuchara y la introduje en la misma cazuela donde los trilladorés introducían las suyas. Pues bien; esto, que de haberlo hecho en Madrid, me hubiera dado repugnancia, aquí en el campo no me dió absolutamente ninguna; por el contrario, me supo el gazpacho riquísimo.

EUGENIO

Algo de lo que acabas de contar oí decir ayer tarde en casa de Don Gumersindo cuando estuve a arreglarle la barba. También me dijeron que después de la merienda echaste un pulso con cada uno de los trilladores.

AGUSTÍN

Es verdad, y se lo gané a todos.

EUGENIO

Eso creo que no es cierto, pues oí decir que todos te lo ganaron a ti.

AGUSTÍN

¡A mi ganármelo ellos!... ¡Cuando precisamente tengo echado pulsos con otros hombres mucho más fuertes que todos esos trilladores, y a todos se lo he ganado siempre!

EUGENIO

¿Serías capaz de ganármelo a mí?

AGUSTÍN

Con toda seguridad, pues se lo he ganado a otros de mucha más fuerza que tú.

EUGENIO

¿Quieres que hagamos la prueba?

AGUSTÍN

Cuando gustes... *(Echan un pulso Eugenio y Agustín, y este último da un grito de dolor.)*

EUGENIO

¡Qué!... ¿Te has convencido de que conmigo no puedes?

AGUSTÍN

Es que ahora estoy muy débil, por causa del madrugón y de la caminata que nos hemos dado. Pero otro día...

MARIANO

Será otro día. Y el día de hoy, mejor será que lo dediquemos a gozar de las delicias del campo, en vez de disputar de cosas insignificantes.

CÁNDIDO

Tienes razón, Mariano; que hoy no es día de altercar, sino de divertirnos todo lo más que podamos. A ver, Eugenio, ¿dónde has puesto la tortilla de patatas?

EUGENIO

Aquí la tienes. Voy a ponerla junto a las aceitunas.

CÁNDIDO

Me parece muy bien. Pero, ¿te has traído algún cuchillo para dividirla en trozos?

EUGENIO

¡Ay, no! Se me ha olvidado.

ANTONIO

Nada importa, pues aquí traigo yo mi navaja de Albacete, que vale por veinte cuchillos.

MARIANO

¿Es por casualidad esa navaja con la cual te cortas los callos de los pies?

ANTONIO

La misma. Pero también sirve para cortar toda clase de cosas.

CÁNDIDO

¡Pues claro, hombre! ¡A qué andar con tanto melindre! Has el favor de dejármela un instante, que voy a dividir en trozos esta tortilla.

ANTONIO

Sin favor. *(Entrega la navaja a Cándido, pero éste no se cuida todavía de dividir la tortilla, a causa de que anda entretenido en cuchicheos con sus compañeros.)*

AGUSTÍN

Comeremos tortilla con substancia de quesos de sacristán.

EUGENIO

Que, por cierto, Antonio, deben estar muy substanciosos, pues

hará cerca de un año que no te los lavas.

ANTONIO

Según mi cuenta hace ya más de dos años y medio.

CÁNDIDO

Mejor que mejor; así estará más substanciosa la tortilla...

MARIANO

¡Dios os conserve vuestro buen estómago!

EUGENIO

¿Es que quieres que seamos tan melindrosos como tú? Bien podías aprender de estos madrileños, que desde que están en el pueblo no tienen escrúpulo de nada.

MARIANO

Pero, en cambio, es muy probable que cuando vuelvan a Madrid vomiten hasta las asaduras cuando se acuerden de todas las porquerías que hicieron en el campo.

EUGENIO

Y ¿por qué ha de ser precisamente cuando vuelvan a Madrid? ¿No podían también vomitarlas en Coriales?

MARIANO

Porque cuando las cosas se hacen en caliente, casi nunca se experimenta la sensación de desagrado; es menester que transcurra cierto tiempo para que dicha sensación se perciba. Cuando el valiente soldado está en el fragor y en el entusiasmo de la batalla, casi nunca siente el dolor de las heridas causadas por el enemigo; ordinariamente lo empieza a sentir cuando ha sido ya transportado a la enfermería.

ROGELIO

¡Milagro había de ser que no trajeras a cuento alguna de tus filosofías! Desde que viniste de Salamanca, con tu título de licenciado en Derecho, no hay quien te tosa, compadre. ¡Cómo te gusta hacer alarde de tus conocimientos filosóficos, siempre que se te ofrece alguna oportunidad para ello!

MARIANO

A ti también, desde que viniste de Madrid con tu título de licenciado en Farmacia, te gusta mucho alardear de tus conocimientos de Química.

ROGELIO

Pero siquiera la Química es una ciencia más positiva y de más utilidad práctica que la Filosofía, la cual es toda ella un juego de palabras que no sirve para ninguna cosa.

GUILLERMO

Eso podrá encajar muy bien en esta clase de filosofía que trata de resolverlo todo por medio de fórmulas y ecuaciones algebraicas; pero no con la filosofía que descansa únicamente en la observación de los hechos y en la naturaleza esencial de las cosas. Esta última es la verdadera, la eterna y la digna de ser estudiada; pero no la primera, que sólo sirve para ofuscar el entendimiento y para confundir las ideas

AGUSTÍN

Tienes razón, Guillermo. Igual me atrevería yo a decir con respecto a la Química. Bien se podían descartar toda esa balumba de atomicidades, dinamicidades, valencias, iones, etc., y quedarnos exclusivamente con la química aplicada al análisis de las substancias medicamentosas y venenosas, que es la única que verdaderamente aporta utilidad práctica.

ROGELIO

Sí; pero también hay que reconocer que la primera es de mucho más valor científico que la segunda.

GUILLERMO

¿Y en qué consiste ese valor científico tan grande?

ROGELIO

Pues en que dicha ciencia está cimentada en una larga serie de teorías que han ideado los sabios más insignes de todas las generaciones. A la teoría atomica, que es la más antigua, se han ido sucediendo gradualmente la de los equivalentes, la de las dinamicidades, y, por último, la de los iones, que es la que prevalece hoy día.

GUILLERMO

Pero, ¿cuál de ellas es la verdadera?

ROGELIO

La de los iones, sin género de duda.

GUILLERMO

Y ¿por qué razón?

ROGELIO

Pues porque es la más moderna.

AGUSTÍN

Según ese criterio, dentro de cincuenta o sesenta años será esta teoría una estupidez, pues habrá nacido otro sabio que invente otra nueva teoría; y los que vivan en esa generación, creerán que la de este sabio es la verdadera, y que la de los iones es falsa.

GUILLERMO

Y tras éste vendrán todavía otros sabios que inventen otras nuevas teorías; y los individuos de esas generaciones admitirán éstas como verdaderas y rechazarán las anteriores como falsas.

AGUSTÍN

Y de esta manera vendremos siempre a parar a un mismo

círculo vicioso. De donde se deduce, que si todas las teorías científicas van siendo de este modo verdaderas, acabarán las mismas por ser completamente falsas.

GUILLERMO

Luego toda esa química, querido Rogelio, que tú creías de tanto valor científico, desde el momento que está sustentada en hechos falsos, carece en absoluto de ningún valor.

ROGELIO

¡Con qué poco respeto habláis de estas cosas tan sagradas! Bien se conoce que sois poco versados en cuestiones científicas.

GUILLERMO

Tampoco puedes tú presumir mucho de científico, pues te estuve examinando ayer tarde en casa de Don Gumersindo, y me he convencido de que no sabes una palabra de Físíca.

ROGELIO

Ni tú de Química...

EUGENIO

¡Adónde iréis a parar con vuestras *descusiones cèntificas, compinchis!...*

CÁNDIDO

Ea, dejaros ya de disputas, y pensemos en nuestra comida. Voy a empezar a dividir la tortilla. A ver... ¿Cuántos somos?... Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis y siete... Voy a dividirla en siete trozos.

MARIANO

Espera un momento... Déjame un instante la navaja, que quiero ver una cosa. (*Entrega Cándido la navaja a Mariano, y éste se dirige a un arroyuelo que hay a muy corta distancia del lugar donde se hallan sus compañeros. Al llegar allí, introduce la navaja en el agua, con el fin de limpiarla, y después la restrega bien contra la arena del fondo del arroyo.*)

CÁNDIDO

¿Adónde irá este hombre con la navaja?

AGUSTÍN

Quizás pretenda cazar los conejos y las liebres a navajazos.

ROGELIO

Pues si tiene tal pretensión, no le arriendo la ganancia; porque a buen seguro que no ha de matar una sola pieza.

EUGENIO

Voy a seguirle sus pasos. Quiero ver adónde se encamina... ¡Anda, anda!... ¡Pues si está lavando la navaja en el arroyo que hay detrás de esa encina tan grande!

CÁNDIDO

¡Milagro fuera que, con lo escrupuloso que es, no hiciese cosa semejante!

ANTONIO

Pues si es tan escrupuloso, ¿para qué se compromete a salir de campo con nosotros? Haría mejor en quedarse en su casa.

EUGENIO

Acompañando a su tío Don Gumersindo Trillo, que es la misma escrupulosidad en *presona*. (*Vuelve Mariano.*)

MARIANO (*a Cándido*)

Cuando gustes, puedes empezar a dividir la tortilla. (*Entrega la navaja a Cándido, y éste divide la tortilla en trozos, los cuales irá entregando a cada uno de sus compañeros.*)

CÁNDIDO

¡Qué! ¿La traes ya bien lavadita?

MARIANO

Y bien restregadita entre la arena del fondo del arroyo.

CÁNDIDO

Al fin te saliste con la tuya, compinche.

AGUSTÍN

¡Qué lástima! Nos has privado del gusto de comer tortilla con sustancia de quesos de sacristán.

MARIANO

Lo siento mucho; pero a mí no me gusta comer nada con sustancias mal olientes.

ANTONIO

Pues entonces, ¿para qué te comprometes a salir de campo con nosotros? Harías mejor en ir a la Corte y asistir a los banquetes que celebran los señores palaciegos, pues allí seguramente te darían manjares con esencia de rosas y de ambrosía.

MARIANO

No dices mal; pero me falta el abolengo de reyes y de príncipes para poder concurrir a esos banquetes.

AGUSTÍN

¿Cómo puede ser eso? Pues si yo he oído decir a muchas personas de este pueblo que tu bisabuelo materno fué hijo de un gran príncipe.

MARIANO

Es cierto; era hijo del príncipe de la escobilla.

GUILLERMO

Sorpresa nueva para mí. Hasta ahora no había llegado a mis oídos la noticia de que haya existido tal príncipe.

MARIANO

Pues ha existido, en efecto, tan insigne personaje. Y para más señas, creo que tenía un lunar verrugoso en la punta de la nariz, y con unas cerdas o crines tan largas y arqueadas, que casi le llegaban hasta la entrada de la boca.

GUILLERMO

Podrá ser verdad, puesto que tú lo dices. Pero aquí lo notable del caso es ese título de la escobilla, tan original y raro, que jamás lo he oído en todos los días de mi vida. Y dime tú, ¿por qué le llamaban el príncipe de la escobilla?

MARIANO

Pues muy sencillamente... Te diré en muy breves palabras lo que acerca de este particular a mí me han referido: Siendo él estudiante de bachillerato, cuando llegó al año en que por entonces se cursaba la asignatura de Aritmética y Algebra, manifestó una torpeza muy grande para el aprendizaje de dicha ciencia. El profesor de la asignatura, en vista de su incapacidad tan grande para aprender las matemáticas, decidió cierto día borrarlo de lista y eliminarle de la clase. Mas de pronto, se alzan sus compañeros en protesta, y gritan todos a la vez: ¡No lo elimine usted, no lo elimine de la clase; que, aun cuando sea muy torpe para aprender, tiene, sin embargo, una habilidad muy grande! ¿Y qué habilidad es ésa?—preguntó el catedrático—. Pues la de darse la primer maña—respondieron los alumnos—para borrar el yeso de los encerados. Ninguno de cuantos aquí estamos sabe manejar la escobilla con la habilidad y destreza que este nuestro compañero. Pues si esto es así—dijo el profesor—, yo soy contento de no borrarlo de lista, ni eliminarle de la clase; y deseo que desde hoy en adelante se le dé el título de *príncipe de la escobilla*. Entonces gritaron los alumnos: ¡Bravo, bravo! Nos parece de perlas que se le llame con este nombre a nuestro compañero. Y desde aquel día, este mi tatarabuelo era conocido de todo el mundo por el príncipe de la escobilla.

AGUSTÍN

¡Donosa majadería! ¡Mira con lo que nos has salido al cabo de tanto preámbulo! No era menester que te calentases mucho los

cascos para salir con semejante leyenda. Y en verdad que hasta ahora he vivido en una ignorancia muy grande, pues real y verdaderamente he creído que tu tatarabuelo había sido algún príncipe de sangre de reyes o de emperadores; pero, lo que es por el sólo hecho de manejar la escobilla, no merecería la pena que se le hubiera dado el título de príncipe, porque semejante habilidad está al alcance de todos los entendimientos.

MARIANO

Convengo contigo en que hay cierta clase de trabajos, que por lo sencillos que son, están al alcance de todas las inteligencias; pero, aun así y todo, el saberlos desempeñar bien, también requiere su habilidad.

GUILLERMO

Dices muy bien, Mariano; que al igual de las cosas grandes, también en las pequeñas requiere su habilidad el saberlas desempeñar bien. Y si a Cervantes se le ha llamado príncipe de los ingenios, y a Homero príncipe de los poetas, por ser ambos maestros principales en el ingenio y en la poesía, también me parece muy lógico que se les llame príncipes de la escoba y del estropajo a los individuos que sepan manejar a la perfección estos utensilios.

AGUSTÍN

Bien se ve que lleváis la discusión por otros derroteros distintos de los otros por donde yo me proponía llevarla. Cuando se habla de príncipes, ya se sobreentiende que se hace referencia a los hijos de reyes o de emperadores, que son los únicos que real y verdaderamente merecen el tal dictado; pero no estos que vosotros acabáis de calificar con semejante título, los cuales tienen tanto de príncipes como yo de obispo.

GUILLERMO

Te engañas en eso, querido hermano; que la palabra príncipe puede tener otra aceptación completamente distinta de la que tú acabas de decir. No son sólo verdaderos príncipes los hijos de reyes y emperadores, que también se puede calificar con semejante título a los individuos que son principales o sobresalientes en cualquier género de trabajo.

MARIANO

Y pudiera muy bien ocurrir que algún rey tuviese un hijo primogénito que fuera tonto de solemnidad, y que en virtud de la ley vigente de la monarquía hereditaria tuviese algún día que empuñar el cetro y que dirigir el mando de la nación.

GUILLERMO

Y en ese caso, ¿quién sería más útil a la sociedad, el que supiese manejar a la perfección una escoba o un estropajo, o el que sólo sirviera para chuparse el dedo?...

ANDRÉS LANZAS (*cantando dentro*).

Contre nous de la tiranie... (*Se oyen también algunas detonaciones de las escopetas de Roque Simplón y de Juan Cerrojo, los cuales hacen coro con Andrés cantando «La Marsellesa». Estos tres personajes abandonan ya las orillas del río Alberche, al cual habían ido de pesca, y se dirigen poco a poco al lugar donde se hallan sus compañeros.*)

ANTONIO

Ya tenemos aquí a ese pelmazo del francés. ¡Mala peste les consuma a él y a su *Marsellesa!*

GUILLERMO

Pero, ¿qué te va a tí, o que te viene, porque al francés le guste tanto cantar *La Marsellesa*?

ANTONIO

Me viene algo en detrimento de mis garbanzos, pues si algún día llegara a instituirse la República en España, a todos los que pertenecemos al ramo de la sotana no nos habría de tocar la mejor parte.

MARIANO

Y también te va algo en perjuicio de tus costillas, pues a todos los de tu calaña os las habrían de moler como a cibera.

GUILLERMO

No dices mentira en esto; pero también pudiera llegar algún día en el que lo mismo tú, que todos los que presumís mucho de saberlo todo, llevaseis algún fuerte varapalo.

MARIANO

¿Y en qué te fundas para asentar esta afirmación?

GUILLERMO

Pues en el giro que hoy día van tomando los acontecimientos. Es evidente que la Humanidad de fines del siglo pasado, y de lo poco que va de este siglo, ha tomado unos vuelos tan pretenciosos, que rayan en lo ridículo. Toda esta plaga de filósofos alemanes contemporáneos: Kan, Hegel, Schopenhauer, etc., han tenido la vana pretensión, merced a sus sistemas filosóficos de sofistería huera, de querer escalar la región de lo absoluto, eternamente vedada a nuestra limitada inteligencia.

MARIANO

Convengo contigo en que toda esta secta de filósofos son excesivamente pretensiosos, pero también hay que reconocer que son todos ellos unos cerebros privilegiados, y que en el día de hoy tienen muchos defensores de sus doctrinas. Por mi parte te puedo decir, con toda sinceridad, que he quedado verdaderamente encantado de todo lo que he leído de estos filósofos, y que reconozco que tienen mucha razón en todo lo que dicen.

GUILLERMO

Sí; pero esto será mientras no vengan otros que tengan más razón que ellos.

AGUSTÍN

Y tras éstos vendrían todavía otros que tuvieran más razón que los anteriores.

GUILLERMO

Y de esta manera llegaríamos hasta el infinito. De donde se de-

duce, que si todos van sucesivamente teniendo razón, acabarán los mismos por no tener ninguna razón.

AGUSTÍN

Esto me recuerda a lo que hemos discutido antes acerca de las teorías científicas.

GUILLERMO

Es exactamente lo mismo; pues hemos llegado a la conclusión de que todas las teorías científicas son falsas, por el hecho de ser sucesivamente verdaderas.

ROGELIO

De acuerdo estoy con vosotros en todo esto que acabáis de discutir, porque la región de lo absoluto nunca ha sido, ni lo será, accesible a nuestro limitado entendimiento. Pero dejando a un lado estas cuestiones, no admite duda que en otro orden de cosas la Humanidad de hoy día ha progresado notablemente con relación a lo que era la Humanidad antigua. Y, si no, decidme: Si por ventura pudiera resucitar alguno de nuestros antepasados, y se viera de pronto ante este, para él nuevo panorama de la vida, donde tantos prodigiosos inventos, cuales son: automóviles, ferrocarriles, tranvías eléctricos, aeroplanos, submarinos, etc., han acabado con todas las incomodidades y deficiencias de los que vivían en la antigüedad; decidme, vuelvo a repetir, si el tal individuo pudiera resucitar y se viera de pronto ante este, para él, nuevo panorama de la vida, ¿qué haría en presencia de tantos prodigiosos inventos?

GUILLERMO

Pues quedarse deslumbrado en el primer instante; pero, transcurrida una temporada más o menos larga, acabaría por volverse como uno de tantos de nosotros...

AGUSTÍN

Que la fuerza de la costumbre ha hecho ya que no nos demos cuenta de esas inmensas comodidades y ventajas que nos ha traído el progreso científico.

ROGELIO

Luego, según vuestro modo de ver, ¿la Humanidad de hoy día no es más feliz que la Humanidad antigua?

GUILLERMO

Por ninguna de las maneras... Eso que llaman felicidad no es más que un espejismo engañoso, una ilusión pasajera de los sentidos; y cuando se desvanece, se hace todavía más patente la realidad del sufrimiento, que es lo único que tiene existencia positiva. Nace, por ejemplo, un individuo en la miseria, y, a causa de esto, se verá el día de mañana en la necesidad de recurrir al trabajo para ganar el sustento necesario a su vida. El individuo en cuestión, sea cual fuere el oficio que desempeñe, tendrá que sufrir muchas incomodidades y soportar infinidad de impertinencias y vejaciones por parte de sus patronos. Con motivo de esto, renegará de vez en cuando de su existencia, maldecirá una y mil veces la hora y el día de su nacimiento, y envidiará constantemente la suerte de los favorecidos de la fortuna y que, por consiguiente, pueden vivir sin trabajar. Pues bien: el tal individuo es favorecido de la noche a la mañana por la suerte; le cae el premio gordo de la lotería: y a consecuencia de esto, puede ya disfrutar de todas las comodidades y deleites de los individuos que viven en la opulencia. Este hombre, que ha realizado ya su sueño dorado de tener dinero para vivir sin trabajar, no cabrá al principio en su pellejo, de gozo; se creerá transportado a un nuevo mundo de delicias sin término. Comenzará a gastar desenfrenadamente, emprenderá viajes sin cuento, daráse suculentos banquetes; y en lo tocante a orgías, espectáculos y francachelas, no perderá ripio ninguno de éstos. Pero, después de un tiempo más o menos largo...

AGUSTÍN

Acabará, en el colmo del aburrimiento, o por pegarse un tiro, o por morirse de tedio.

GUILLERMO

Tú lo has dicho, querido hermano; que este es precisamente el fin y paradero de todos esos individuos favorecidos de la fortuna que cifran únicamente la felicidad de la vida en la sola satisfac-

ción de sus apetitos sensuales. Los que viven en la pobreza, ambicionan, por lo general, la felicidad de los que viven en la opulencia, y no saben que esta felicidad es tan sólo efímera y aparente. No hay más sino observar a ese gran número de ricachones que pasean a diario en automóvil y que disfrutan de toda clase de comodidades. Viven ya en un estado de semi-inconsciencia que no les permite saborear esas grandes propiedades que poseen. El aburrimiento y el vacío interior les devora sobremanera; no saben ya a qué clase de tópicos recurrir para llenarlo. Suelen también ser presa de una gran acritud de carácter, y de una susceptibilidad extraordinaria a bagatelas.

Mariano

Recuerdo a este propósito de uno, que porque el sastre que lo vestía le sacó la manga de la chaqueta medio centímetro más corta de lo convenido, se tomó un berrinche tan grande, que se estuvo tres semanas recluído en una habitación de su casa y sin querer hablar con nadie de su familia.

Agustín

Y yo también recuerdo de otro que despidió violentamente a un antiguo criado de su casa tan sólo porque tardó dos minutos más de lo acostumbrado en traerle el agua caliente para afeitarse.

Rogelio

En fin, queridos amigos: convencido me habéis, con vuestros acertados razonamientos, de que la Humanidad de hoy día no es más feliz que la Humanidad antigua, aun a pesar de las inmensas comodidades y ventajas que nos ha traído el progreso de las ciencias y de las artes industriales.

Mariano

Sin embargo, yo creo que el mal dimana de esta molicie tan grande en que han vivido nuestros sibaritas de la última etapa de la Edad Moderna, los cuales han engendrado a esta nuestra Humanidad actual tan depauperada y enfermiza. Pero yo tengo mis esperanzas, si algún día se logran llevar a la práctica las doctrinas del gran filósofo alemán Federico Nietzsche, de que esta Hu-

manidad evolucione en un sentido tan halagüeño, que yo creo que si el tal día llegara, llegaríamos todos los hombres a ser felices.

AGUSTÍN

¡Hombre, hombre! ¿Y en qué consisten esas portentosas doctrinas de tan eximio filósofo alemán?

MARIANO

Pues en que este pensador tiene una noción del bien y del mal completamente distinta a la de los demás pensadores. Para Federico Nietzsche el mal es todo aquello que tiene sus raíces en la debilidad, y el bien es lo que las tiene en la fuerza y en el poderío. Por tanto, este filósofo ha sustentado, como clave fundamental de su doctrina, la necesidad de destruir el mal; y a este efecto ha ideado Nietzsche el exterminio de toda esta raza de hombres débiles y enfermizos, con el fin de hacer una selección de hombres fuertes y poderosos, los cuales darán una descendencia que ha de ser la verdadera raza de los superhombres del porvenir.

GUILLERMO

Admirable es, a mi modo de ver, esta doctrina. Pero vamos a suponer, por un momento, que el gran Federico Nietzsche ha logrado llevar a la práctica sus hermosos ideales y que, por consiguiente, ya existen en el mundo esa gran raza de hombres fuertes y poderosos. No hay duda ninguna que estos superhombres, una vez que se hubieran ya hecho dueños absolutos del mundo, vendrían a caer en un estado de modorra, o de embrutecimiento, muy parecido al del león cuando está harto de carne.

AGUSTÍN

O pudiera también ocurrir, que, al no quedarles ya nada en el mundo por conquistar, vinieran, en el colmo del aburrimiento, a pelearse entre ellos mismos; y como resultado de esta pelea, tendría necesariamente que haber vencedores y vencidos.

ROGELIO

De donde se deduce, que vendría a quedarse el mundo en la

misma situación de antes; o lo que es lo mismo, volveríamos otra vez a tener hombres fuertes y débiles.

Agustín

Y sería necesario hacer un nuevo exterminio de estos hombres débiles y una nueva selección de los superhombres, los cuales, andando el tiempo, habrían de dar una nueva raza de supersuperhombres.

Rogelio

Y estos últimos volverían otra vez a ser presa del aburrimiento en grado superlativo; y es muy posible que, sin saber ya qué hacer, se pusieran a tocar el tambor con los dedos, y viniesen, por lo tanto, a caer en la suprema idiotez.

Guillermo

Luego, según las doctrinas del gran Nietzsche, los tontos de hoy en día son los llamados a ser los superhombres del mañana.

Mariano

En verdad, que le dejáis a uno pegado con vuestros ingeniosos argumentos. Renuncio desde ahora en adelante a meterme en discusiones con vosotros. *(Entran Andrés, Roque y Juan.)*

ESCENA SEGUNDA

Dichos y Andrés, Roque y Juan.

Roque

Aquí estamos, compañeros.

Andrés

Se os saluda con efusión.

Juan

De provecho os sea nuestra comida.

CÁNDIDO

Bien venidos seáis, compinches. ¿Cuál ha sido el resultado de vuestra correría y qué frutos son los que nos traéis?

JUAN

Pues yo esta cesta llena de peces, que aquí ves. *(Deja la cesta en el suelo.)*

ROQUE

Yo este hermoso erizo, para que después nos lo comamos en amable compañía.

ANDRÉS

Y yo estos cuatro galápagos para que los pongamos en la parrilla, y que sean nuestro postre. *(Coloca los galápagos sobre una parrilla y enciende una pequeña hoguera, con el fin de que sean asados.)*

MARIANO

Pero yo no sabía que era comible la carne del erizo.

ANDRÉS

Y bien sabrosa que es. Se parece mucho a la del cochinillo.

MARIANO

¡Hombre, hombre! ¿Cómo puede ser eso? ¡Pues si yo he oído decir a muchas personas que el erizo se alimenta sólo de ratones!

EUGENIO

Pero es que la carne de los ratones también es muy sustanciosa.

MARIANO

Sí; pero lo será tan sólo para el gato.

AGUSTÍN

Pues también la del gato es una carne muy agradable. Y de cuando yo era estudiante del bachillerato, recuerdo perfectamente que en el Colegio de Escolapios donde estudiaba, nos daban de cena gato con mucha frecuencia; y nosotros nos lo comíamos con mucho gusto, en la firme creencia de que era conejo.

ROGELIO

También yo recuerdo de uno que se comió una vez un lagarto, en la creencia de que era una trucha de primera calidad. Pero cuando a los pocos días le enteraron sus amigos de lo que se había comido, le dieron a éste tales náuseas y tales paroxismos, que creyeron sus amigos que verdaderamente se le acababa la vida.

GUILLERMO

Todo esto nos viene a comprobar que el mundo que nos rodea es meramente ilusorio, y que las nociones que tenemos de lo bueno y de lo malo son meramente convencionales. Tan fáciles somos a dejarnos sugestionar por el engaño, que con gran facilidad se nos mete gato por liebre en cualquiera parte.

MARIANO

Tienes mucha razón. Pero... ¿qué tal es la carne del galápago?

ANDRÉS

De primera calidad. Te vas a convencer muy pronto, cuando ya estén asados estos cuatro galápagos que aquí ves.

MARIANO

¡Hombre, hombre! Pues si yo he oído decir que estos animales se alimentan tan sólo de cucarachas!

ANDRÉS

Pero esto no es impedimento para que la carne del galápago sea de exquisita y de fina calidad.

GUILLERMO

Nada impide esto para que así sea, porque estas mismas cucarachas, antes de ser asimiladas por el galápago, han sufrido ya muchas transformaciones merced a la acción diversa de los jugos digestivos de dicho animal.

ROGELIO

Esto es muy parecido a lo que ocurre con algunas plantas: que aun a pesar de tomar de las materias excrementicias del suelo los elementos necesarios para su nutrición y crecimiento, despiden un aroma muy agradable a nuestro sentido del olfato.

AGUSTÍN

Y también es parecido a lo que ocurre con el agua de algunos ríos de fondo arenoso, y que cuya arena hace a veces el oficio de filtro. Observad, por ejemplo, ese agua tan cenagosa del río Manzanares, y que es resultado de la multitud de lavanderas qu allí acuden a lavar la ropa sucia. Pues bien; esta misma agua, a tres o cuatro kilómetros de distancia del lugar donde se hallan dichas lavanderas, la veréis tan pura y tan cristalina, que se podrá beber sin ningún género de inconveniente.

MARIANO

De donde se deduce, que todas las cosas, por inmundas y defectuosas que sean, son susceptibles de purificación y de perfeccionamiento.

GUILLERMO

Tú mismo lo acabas de decir. Y esto es precisamente lo que le ocurre al sér humano: que, por muy depravado y defectuoso que sea, es susceptible de purificarse y de perfeccionarse, durante un ciclo más o menos largo de reencarnaciones o renacimientos, que son dirigidos por la ley del karma o ley de justicia retributiva que existe en el Universo...

CÁNDIDO

¡Bueno, bueno! Dejaros ya de discusiones científicas; que cuando empezáis a discutir, lleváis camino de no acabar nunca.

EUGENIO

Afuera, pues, filosofías y *tologías;* y a pensar sólo en las buenas tajadas y en el buen vino. (*Empina la bota, y se bebe una gran cantidad de éste.*)

JUAN

Eso, eso de las buenas tajadas es lo principal de nuestro negocio... Voy a encender una pequeña hoguera, y a colocar estos peces en la sartén, para freírlos.

ROQUE

Yo voy a matar el erizo, y a desollarlo, para ponerlo en seguida en el asador (*Saca del bolsillo de su chaqueta una gran navaja de acero, y se dispone a matar al animal...*)

ANDRÉS

Parece que los galápagos ya están asados... Voy a hacer las particiones... A ver, ¿quién de vosotros quiere galápago?

AGUSTÍN, MARIANO, GUILLERMO

Yo... Yo .. Yo...

ANDRÉS

¿Tan sólo sois tres los que queréis comer de esta carne? Pues entonces salimos a galápago por persona; porque uno de ellos me lo voy a comer yo. (*Va repartiendo los galápagos a cada uno de sus compañeros que los han pedido...*)

CÁNDIDO (*quitándole la bota a Eugenio.*)

¡Pero no bebas tanto, hombre! ¡Que te va a temblar mucho la mano, y no vas a poder afeitar a tus parroquianos de Coriales!

EUGENIO

¡Y a mí qué me importa...! ¡Que los afeite el nuncio de su santidad!

Antonio

Ya empieza a desbarrar el amigo Cogorza. Bien se conoce que los vapores de horchata de uva van ejerciendo ya su acción en su cerebro...

Andrés

¿Y qué os parece la carne de galápago?

Agustín

De superior calidad.

Guillermo

Exquisito bocado.

Mariano

En mi vida he comido manjar tan sabroso.

Andrés

Ya ves, Mariano, lo que son las cosas. Tú que has sido siempre tan escrupuloso y tan amigo de poner reparos en los manjares, te acabas ahora de comer con verdadero gusto una carne elaborada con substancia de cucaracha.

Mariano

No me digas eso. ¡por Dios!, que voy a vomitar hasta las asaduras.

Eugenio

¡Anda y vomítalas, don Melindres!, que bien poco perdería el mundo con que se murieran todos los melindrosos de tu calaña.

Mariano

Tampoco perdería gran cosa con que se murieran todos los beodos de tu especie.

Cándido

Los de la especie de Eugenio, no, que tiene éste la primer gracia cuando coge sus borracheras; y sobre todo cuando le da por bramar y embestir a la manera que lo hacen los toros bravos.

ANTONIO

Pues yo no perdonaría la vida a ningún beodo: ni a los de la especie de Eugenio, ni a los de ninguna otra especie.

EUGENIO
(*coge una piedra y hace ademán de tirársela a Antonio*).

¡Que te parto la cabeza, sacristán de galápagos..., por... no decir de cucarachas! (*Se levanta de su asiento, empieza a bramar como los toros, y da un testarazo por la espalda a Juan, el cual es derribado por tierra, junto con la sartén de los peces, los cuales se desparraman todos por el suelo. Acto continuo se dirige a Rogelio, mete la cabeza por la entrepierna de éste y le derriba de una embestida junto a Juan.*)

ROQUE

¡Magnífico ejemplar de lidia!

ANDRÉS

Ni el mejor de todos los Veraguas serviría para este objeto como sirve éste.

CÁNDIDO

¡Y que tiene fuerza en la testa el condenado!

AGUSTÍN Y MARIANO

Ven, toro..., ven... (*Movidos ambos de una misma idea, se quitan sus respectivas chaquetas y comienzan a capear a Eugenio, del cual logran librarse de sus embestidas por acertados quites. Poco tiempo después se irán a toda carrera por el fondo del escenario, y Eugenio los seguirá a todo su correr en actitud de embestida.*)

ESCENA TERCERA

Los mismos, menos Eugenio, Agustín y Mariano.

JUAN

Anda, anda; no les arriendo a ésos la ganancia cuando les alcance Eugenio: que con la fuerza que él tiene en la testa y a la velocidad que va, del testarazo que les dé los deja en el sitio.

Roque

Pero como también son ellos excelentes maestros en el arte taurómaco, sabrán defenderse muy bien de sus acometidas.

Cándido

¿Y por dónde andarán ahora? (*Se levanta de su asiento, vuelve la cabeza y mira hacia el fondo del escenario. Los demás personajes hacen lo mismo.*) Ah, sí; ya los distingo...

Rogelio

También los estoy yo viendo perfectamente. A la misma orilla del río Alberche han ido a parar Agustín y Mariano.

Andrés

Y qué quietecitos están. Parece que ya no tienen interés en torear a Eugenio, a causa de que se hallan ahora embebecidos en la contemplación de alguna cosa interesante que debe de haber en la misma ribera del río...

Antonio

En este mismo instante estoy viendo a Eugenio. Qué sudoroso y jadeante que va. Enteramente parece que no le quedan ni fuerzas para correr.

Cándido

Sin género de duda, que como Agustín y Mariano son bastante más corredores que él, han logrado éstos fatigarlo en muy poco tiempo.

Juan

Entonces ya no es de temer ese testarazo mortal que yo me temía antes.

Roque

Desde luego que no.

Rogelio

Pero, en cambio, es de temer ahora que se den un buen chapuzón en el río tan pronto como los alcance Eugenio.

Andrés

Y más con lo ensimismados que están ahora en la contemplación de ese objeto; pues si los pilla Cogorza en ese estado de ensimismamiento tan grande, no van a poder éstos apercibirse a la defensa.

Antonio

Por esto creo yo que se van a bautizar hoy en las aguas del Jordán.

Rogelio

Del Alberche, querrás decir.

Antonio

Sí, del Alberche quería decir; pero para el caso es igual, pues tan aguas son las de un río como las de otro.

Rogelio

Tienes mucha razón; porque el agua de cualquier río puede servir muy bien para la limpieza corporal.

Guillermo

Pero no para la limpieza espiritual; pues para esta especie de limpieza necesita el individuo renacer muchas veces y sufrir con mucha paciencia los golpes y las adversidades del destino...

Cándido

¡Ay, que ha alcanzado ya Eugenio a Mariano y Agustín!... ¡Mirad, mirad cómo los tiene asidos a cada uno de éstos con una mano y cómo forcejean ellos por desasirse. Pero...

Todos

Como no consiguen deshacerse de los férreos brazos de Cogorza... ¡catapum!... se van los tres al río de cabeza, y aquí fué Troya...

ROGELIO

En fin, ya se han dado ésos su correspondiente baño vestidos que nosotros nos esperábamos.

CÁNDIDO

¡Y que nos han hecho pasar los condenados un buen día de diversión!

ANTONIO

También ha sido buena la suerte que nos han dado en nuestra cacería.

JUAN

No tan buena como tú dices, que ya has visto cómo el bárbaro de Eugenio nos ha dejado sin peces, a causa de que me los ha desparramado todos por el suelo del testarazo que me ha dado antes.

GUILLERMO (*Aparte.*)

Por el suelo quisiera yo ver a todos los hombres que se hallan en estado de pecera.

ROQUE

Pero, en cambio, ya tiene Roque Simplón a su erizo desollado y en actitud de ponerlo en el asador, para que pueda suplir la falta de los peces.

GUILLERMO (*Aparte.*)

Desollados quisiera ver también a todos los simplones que tienen púas.

ANDRÉS

¿Y podría dar mucho de sí un erizo si se le dividiera en siete trozos?

ROGELIO

Muy poco sería lo que pudiera dar a cada uno de los que estamos aquí.

ANTONIO

(*mirando a lo alto y hacia la isquierda del escenario.*)

Pero no hay que apurarse por esto, amigos; que en este mismo instante estoy divisando un magnífico bando de perdices, el cual podrá suplir muy bien la deficiencia de todas estas cosas. Mirad, mirad qué cerca lo tenemos ya de nosotros.

CÁNDIDO Y ROGELIO

Sí, sí, ya lo vemos; es un magnífico bando de perdices. No hay que desperdiciar esta tan buena ocasión que ahora se nos ofrece. Cojamos, cojamos nuestras escopetas y disparemos al bando. (*Cogen sus respectivas escopetas, se las echan a la cara y disparan hacia el que ellos creen bando de perdices.*)

ANTONIO

Cuatro hermosísimas piezas han caído. Voy inmediatamente a recogerlas. (*Vase.*)

ROQUE

Já... já... já...

CÁNDIDO

¿Pero qué te pasa, hombre! ¿De qué te ríes?

ROQUE

Me río de que ese bando no es de perdices.

CÁNDIDO

Pues entonces, ¿de qué diablos es?

ROQUE

De cuervos, hombre... de cuervos.

CÁNDIDO

¡Válgame Dios! Bien nos lo podías haber advertido antes, y de esa manera no nos hubiéramos tirado ese planchazo tan enorme.

ROQUE

¿Y cómo diablos os lo podía advertir? Pues si hasta este mismo instante tampoco yo me había apercibido de que eran cuervos.

ROGELIO

Sí, sí; también yo los distingo ahora perfectamente. Veo, en efecto, que no hay tales perdices, y que son todos pájaros negros.

GUILLERMO

Pues si son negros, necesariamente tienen que ser pájaros de mal agüero.

ROGELIO

Desde luego que no podrán ser de muy bueno. Pero aquí lo notable del caso es que nuestro sacristán Antonio Gila, atraído por el cebo engañoso de las perdices, ha ido en busca de esos cuatro cuervos que han caído muertos.

ANDRÉS

Y cuando palpe de cerca su engaño, va a sufrir una decepción muy grande.

GUILLERMO

Pero también es muy probable que experimente una gran alegría cuando se vea él mismo entre los pájaros negros de su especie.

ANDRÉS

Es verdad. No había caído en la cuenta de que también nuestro sacristán es un pájaro negro.

CÁNDIDO

Y no de muy buen agüero; pues siempre que nos acompaña en alguna de nuestras excursiones nos sobreviene algún suceso desagradable.

ANDRÉS

Y, sobre todo, que nos coarta en absoluto nuestra libertad; pues siempre está protestando de que cantemos nuestra canción favorita, que es *La Marsellesa*.

GUILLERMO

Por esto yo creo que nos haría un gran beneficio si se alejara para siempre de nosotros y se fuera a tierras lejanas con todos los pájaros negros de su especie.

ANDRÉS
(*mirando a lo alto y a la izquierda del escenario*).

¡Oh alegría! Que ya estoy viendo el bando a bastante distancia de este lugar. ¡Miradle, miradle cómo se va perdiendo en el horizonte, y cómo corre el sacristán, a todo su correr, en seguimiento de los de su bando! ¡Hosanna, hosanna, que ha llegado ya el día de nuestra liberación! Entonemos, pues, el himno de la libertad. *(Canta «La Marsellesa»; los demás hacen coro con él; y todos bailan y tirotean al aire con sus escopetas en el colmo del regocijo.)*

TELÓN

En Madrid a 29 de Diciembre de 1924.